

Francisco Fernández Carvajal

SERVIR

- La vida cristiana consiste en imitar a Cristo.
- Jesús nos enseña que no ha venido *a ser servido sino a servir*. Imitarle.
- Servir con alegría.

I. Como el discípulo ante el maestro, como el niño junto a su madre, así ha de estar el cristiano en todas las ocupaciones ante Cristo. El hijo aprende a hablar oyendo a su madre, esforzándose en copiar sus palabras; de la misma forma, viendo obrar y actuar a Jesús, aprendemos a conducirnos como Él. La vida cristiana es imitación de la del Maestro, pues Él se encarnó *y os dio ejemplo para que sigáis sus pasos*¹. San Pablo exhortaba a los primeros cristianos a imitar al Señor con estas otras palabras: *Tened los mismos sentimientos de Cristo Jesús*². Él es la causa ejemplar de toda santidad, es decir, del amor a Dios Padre. Y esto no solo por sus hechos, sino por su ser, pues su modo de obrar era la expresión externa de su unión y amor al Padre.

Nuestra santidad no consiste tanto en una imitación externa de Jesús como en permitir que nuestro ser más profundo se vaya configurando con el de Cristo. *Despojaos del hombre viejo con todas sus obras y vestíos del hombre nuevo...*³, anima San Pablo a los colosenses. Esta diaria renovación significa desear constantemente limar nuestras costumbres, eliminar de nuestra vida los defectos humanos y morales, lo que no es conforme con la vida de Cristo...; pero, sobre todo, procurar que nuestros sentimientos ante los hombres, ante las realidades creadas, ante la tribulación, se parezcan cada día más a los que tuvo Jesús en circunstancias similares, de tal manera que nuestra vida sea en cierto sentido prolongación de la suya, pues Dios *nos ha predestinado a ser semejantes a la imagen de su Hijo*⁴. La misma gracia divina, en la medida en que correspondemos a la acción continua del Espíritu Santo, nos hace semejantes a Dios. Seremos santos si Dios Padre puede afirmar de nosotros lo que un día dijo de Jesús: *Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo puestas mis complacencias*⁵. Nuestra santidad

consistirá, pues, en ser por la gracia lo que es Cristo por naturaleza: hijos de Dios.

El Señor lo es todo para nosotros. «Este árbol es para mí una planta de salvación eterna; de él me alimento, de él me sacio. Por sus raíces me enraízo y por sus ramas me extiendo, su rocío me regocija y su espíritu como viento delicioso me fertiliza, A su sombra he alzado mi tienda, y huyendo de los grandes calores allí encuentro un abrigo lleno de rocío. Sus hojas son mi follaje, sus frutos mis perfectas delicias, y yo gozo libremente sus frutos, que me estaban reservados desde el principio. Él es en el hambre mi alimento, en la sed mi fuente, y mi vestido en la desnudez, porque sus hojas son espíritu de vida: lejos de mí desde ahora las hojas de la higuera. Cuando temo a Dios, Él es mi protección; y cuando vacilo, mi apoyo; cuando combato, mi premio; y cuando triunfo, mi trofeo. Es para mí el sendero estrecho y el sendero angosto»⁶. Nada deseo fuera de Él.

II. El Evangelio de la Misa⁷ nos relata la petición que hicieron Santiago y Juan a Jesús de dos puestos de honor en su Reino. Después, los diez *comenzaron a indignarse* contra estos dos hermanos. Jesús les dijo entonces: *Sabéis que los que figuran como jefes de los pueblos los oprimen, y los poderosos los avasallan. No ha de ser así entre vosotros; por el contrario, quien quiera llegar a ser grande entre vosotros, sea vuestro servidor; y quien entre vosotros quiera ser el primero, sea esclavo de todos. Y les da la suprema razón: porque el Hijo del Hombre no ha venido a ser servido sino a servir y a dar su vida en redención de muchos.*

En diversas ocasiones proclamará el Señor que no vino a ser servido sino a servir: *Non veni ministrari sed ministrare*⁸. Toda su vida fue un servicio a todos, y su doctrina es una constante llamada a los hombres para que se olviden de sí mismos y se den a los demás. Recorrió constantemente los caminos de Palestina sirviendo a cada uno *-singulis manus imponens*⁹- de los que encontraba a su paso. Se quedó para siempre en su Iglesia, y de modo particular en la Sagrada Eucaristía, para servirnos a diario con su compañía, con su humildad, con su gracia. En la noche anterior a su Pasión y Muerte, como enseñando algo de suma importancia, y para que quedara siempre clara esta característica esencial del cristiano, lavó los

pies a sus discípulos, para que ellos hicieran también lo mismo¹⁰.

La Iglesia, continuadora de la misión salvífica de Cristo en el mundo, tiene como quehacer principal servir a los hombres, por la predicación de la Palabra divina y la celebración de los sacramentos. Además, «tomando parte en las mejores aspiraciones de los hombres y sufriendo al no verles satisfechos, desea ayudarles a conseguir su pleno desarrollo, y esto precisamente porque les propone lo que ella posee como propio: una visión global del hombre y de la humanidad»¹¹.

Los cristianos, que queremos imitar al Señor, hemos de disponernos para un servicio alegre a Dios y a los demás, sin esperar nada a cambio; servir incluso al que no agradece el servicio que se le presta. En ocasiones, muchos no entenderán esta actitud de disponibilidad alegre. Nos bastará saber que Cristo sí la entiende y nos acoge entonces como verdaderos discípulos suyos. El «orgullo» del cristiano será precisamente este: servir como el Maestro lo hizo. Pero solo aprendemos a darnos, a estar disponibles, cuando estamos cerca de Jesús. «Al emprender cada jornada para trabajar junto a Cristo, y atender a tantas almas que le buscan, convéncete de que no hay más que un camino: acudir al Señor.

»—¡Solamente en la oración, y con la oración, aprendemos a servir a los demás!»¹². De ella obtenemos las fuerzas y la humildad que todo servicio requiere.

III. Nuestro servicio a Dios y a los demás ha de estar lleno de humildad, aunque alguna vez tengamos el honor de llevar a Cristo a otros, como el borrico sobre el que entró triunfante en Jerusalén¹³. Entonces más que nunca hemos de estar dispuestos a rectificar la intención, si fuera necesario. «Cuando me hacen un cumplido –escribe el que más tarde sería Juan Pablo I–, tengo necesidad de compararme con el jumento que llevaba a Cristo el día de ramos. Y me digo: “¡Cómo se habrían reído del burro si, al escuchar los aplausos de la muchedumbre, se hubiese ensoberbecido y hubiese comenzado –asno como era– a dar las gracias a diestra y siniestra!... ¡No vayas tú a hacer un ridículo semejante...!”»¹⁴, nos advierte. Esta disponibilidad hacia las necesidades ajenas nos llevará a ayudar a los demás de tal forma que, siempre que sea posible, no se advierta, y así no puedan

darnos ellos ninguna recompensa a cambio. Nos basta la mirada de Jesús sobre nuestra vida. ¡Ya es suficiente recompensa!

Servicio alegre, como nos recomienda la Sagrada Escritura: *Servid al Señor con alegría*¹⁵, especialmente en aquellos trabajos de la convivencia diaria que pueden resultar más molestos o ingratos y que suelen ser con frecuencia los más necesarios. La vida se compone de una serie de servicios mutuos diarios. Procuremos nosotros excedernos en esta disponibilidad, con alegría, con deseos de ser útiles. Encontraremos muchas ocasiones en la propia profesión, en medio del trabajo, en la vida de familia..., con parientes, amigos, conocidos, y también con personas que nunca más volveremos a ver. Cuando somos generosos en esta entrega a los demás, sin andar demasiado pendientes de si lo agradecerán o no, de si lo han merecido..., comprendemos que «servir es reinar»¹⁶.

Aprendamos de Nuestra Señora a ser útiles a los demás, a pensar en sus necesidades, a facilitarles la vida aquí en la tierra y su camino hacia el Cielo. Ella nos da ejemplo: «En medio del júbilo de la fiesta, en Caná, solo María advierte la falta de vino... Hasta los detalles más pequeños de servicio llega el alma si, como Ella, se vive apasionadamente pendiente del prójimo, por Dios»¹⁷. Entonces hallamos con mucha facilidad a Jesús, que nos sale al encuentro y nos dice: *cuanto hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a Mí me lo hicisteis*¹⁸.

1 1 Pdr 2, 21. — **2** Flp 2, 5. — **3** Col 3, 9. — **4** Rom 8, 29. — **5** Mt 3, 17. — **6** SAN HIPÓLITO, *Homilía de Pascua*. — **7** Mc 10, 35-45. — **8** Mt 20, 8. — **9** Lc 4, 40. — **10** Cfr. Jn 13, 4 ss. — **11** PABLO VI, Enc. *Populorum progressio*, 26-III-1967, 13. — **12** SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Forja*, n. 72. — **13** Cfr. Lc 19, 35. — **14** A. LUCIANI, *Ilustrísimos señores*, p. 59. — **15** Sal 99, 2. — **16** Cfr. JUAN PABLO II, Enc. *Redemptor hominis*, 4-III-1979, 21. — **17** SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Surco*, n. 631. — **18** Mt 25, 40.

Nota: Ediciones Palabra (poseedora de los derechos de autor) sólo nos ha autorizado a difundir la meditación diaria a usuarios concretos para su uso personal, y no desea su distribución por fotocopias u otras formas de distribución.

